

inofensivas, desprovistas de actitudes parasitarias, habituados a vivir libremente sobre los restos vegetales capaces de fermentación, adaptados a la temperatura ambiente pero no a la del cuerpo humano, inaptas, pues, para vivir en el organismo produciendo enfermedades.

La suciedad adquirida por el ancestral en las selvas, en el tango de los charcos, etc. etc. era ciertamente muy rica en bacterias pútridas, en protozoarios y en mohos, pero precisamente estos microorganismos no presentan, desde el punto de vista de la salud, ningún peligro.

Fué del todo diferente cuando las aglomeraciones se formaron, porque los parásitos, poco a poco adaptados al hombre, pudieron espaciarse en los medios exteriores o transmitirse por contacto directo.

En las primeras edades de la humanidad, cuando los individuos vivían al aire libre, en perpetuo cambio de residencia, la necesidad de evitar los contagios no aparecía por parte alguna; las tribus abandonaban sus enfermos y continuaban su ruta; el enfermizo, portador de un virus cualquiera, tuberculoso u otro, se extinguía, completamente solo, en cualquier maleza, olvidado por sus padres, de memoria corta y sensibilidad mínima; la selección de los fuertes preparaba la descendencia y transmitían a los hijos, con su resis-

tencia, la inmunidad para las enfermedades infecciosas.

Las primeras máximas higiénicas, aparecen escritas en los libros sagrados, el más antiguo de ellos, el Zendavesta, de los Parsis, persas refugiados en la India, luego de la conquista de su país por los fanáticos musulmanes; es un libro revelado por Ahuramazda, dios de la sabiduría, de la verdad y de la luz.

Lo mismo que más tarde los egipcios, indios, griegos, romanos, judíos, musulmanes, etc. consideraban las enfermedades como causadas por demonios y por impurezas. De todos ellos el primeramente citado es el que estudia más circunstancialmente el dogma de la impureza, y, hacen resaltar los comentadores, que la higiene era *sobre todo, función social*. No lo olvidemos.

El temor a mancharse o volverse impuro, hace vivir al Parsi en temor constante, de pesadilla, porque no teme el daño únicamente para sí, sino para la tierra, el agua, el fuego, todos los elementos.

Y no solo evita el contacto, sino la mirada. Vean ustedes que raíces tan profundas tiene la superstición del «mal de ojo».

En las leyes de Manu apuntan algunas prácticas higiénicas, aunque en mezcolanza espantosa con otras disparatadas. Así dicen, se purifica el suelo, barriéndole, pero a ren-